

ANNICK COJEAN

Las cautivas

El harén oculto de Gadafi



● crónicas ●
ANAGRAMA

Índice

PORTADA

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. LA HISTORIA DE SORAYA

1. INFANCIA
2. PRISIONERA
3. BAB AL AZIZIA
4. RAMADÁN
5. HARÉN
6. ÁFRICA
7. HICHAM
8. HUIDA
9. PARÍS
10. ENGRANAJE
11. LIBERACIÓN

SEGUNDA PARTE. LA INVESTIGACIÓN

1. TRAS LAS HUELLAS DE SORAYA
2. LIBYA, JADIYA, LEILA..., TANTAS OTRAS
3. LAS AMAZONAS
4. EL DEPREDADOR
5. EL AMO DEL UNIVERSO
6. MANSOUR DAO
7. CÓMPLICES Y CAZADORES
8. MABRUKA
9. ARMA DE GUERRA

EPÍLOGO

CRONOLOGÍA

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

A mi madre, siempre.

A Marie-Gabrielle, Anne, Pipole, esenciales.

A S.

Nosotros, en la Yamahiriya y la gran revolución, afirmamos nuestro respeto por las mujeres y alzamos nuestra bandera. Hemos decidido liberar totalmente a las mujeres de Libia para rescatarlas de un mundo de opresión y sometimiento de manera que sean dueñas de su destino en un medio democrático, en el que tengan las mismas oportunidades que los demás miembros de la sociedad. [...]

Llamamos a una revolución para la liberación de las mujeres de la nación árabe: ésta es una bomba que sacudirá a toda la región árabe y hará que las prisioneras de los palacios y de los mercados se rebelen contra sus carceleros, sus explotadores y sus opresores. Este llamamiento encontrará sin duda ecos profundos y tendrá repercusiones en toda la nación árabe y también en el resto del mundo. Hoy no es un día común y corriente, sino el comienzo del fin de la era del harén y de las esclavas.

MUAMAR EL GADAFI, 1.º de septiembre de 1981, aniversario de la revolución, al presentar ante el mundo a las primeras diplomadas de la Academia Militar de Mujeres.

PRÓLOGO

En el comienzo de todo, está Soraya.

Soraya y sus ojos de crepúsculo, sus labios enfurruñados y sus sonoras carcajadas. Soraya, que pasa rápidamente de la risa a las lágrimas, de la exuberancia a la melancolía, de una dulce ternura a la brutalidad de una mujer que está en carne viva. Soraya y su secreto, su dolor, su rebelión. Soraya y la historia demencial de una niña alegre arrojada a las garras de un ogro.

Fue ella quien desencadenó este libro.

La conocí en uno de esos días de júbilo y caos que siguieron a la captura y la muerte del dictador Muamar el Gadafi en octubre de 2011. Yo había viajado a Trípoli enviada por el diario *Le Monde*. Fui a investigar el papel que habían desempeñado las mujeres en la revolución. Era una época febril y el tema me apasionaba.

Yo no era una especialista en Libia. De hecho, desembarqué allí por primera vez, fascinada por la increíble valentía que demostraron los combatientes para derrocar al tirano instalado en el poder desde hacía cuarenta y dos años, pero profundamente intrigada por la total ausencia de mujeres en filmaciones, fotos y crónicas aparecidas en los últimos meses. Las demás insurrecciones de la primavera árabe y el viento de esperanza que había soplado sobre esa región del mundo habían revelado la fuerza de las tunecinas, omnipresentes en el debate público; la audacia de las egipcias, que salieron a manifestarse, corriendo todos los riesgos, en la plaza Tahrir de El Cairo. Pero ¿dónde estaban las libias? ¿Qué habían hecho durante la revolución? ¿Anhelaban que se produjera, la iniciaron, la apoyaron? ¿Por qué se escondían? O, lo más probable, ¿por qué las ocultaban, en ese país tan desconocido, cuyo grotesco líder confiscó la imagen y convirtió a sus guardaespaldas femeninas –las famosas Amazonas– en el símbolo de su revolución?

Algunos colegas masculinos que habían seguido la rebelión de Bengasi en Sirte me confesaron que sólo se habían cruzado con unas pocas sombras furtivas envueltas en velos negros: los combatientes libios les habían negado sistemáticamente el acceso a sus madres, esposas o hermanas. «¡Quizá tú tengas más suerte!», me dijeron, un poco burlones, convencidos de que, de todos modos, en ese país, nunca son las mujeres quienes escriben la historia. Sobre el primer punto, no se equivocaban. En los países más cerrados, ser

una periodista mujer representa la maravillosa ventaja de tener acceso a toda la sociedad, y no sólo a su población masculina. De modo que me bastaron algunos días y varios encuentros para entender que el papel de las mujeres en la revolución libia no sólo había sido importante, sino crucial. Las mujeres, me dijo un jefe rebelde, constituyeron «el arma secreta de la rebelión». Alentaron, alimentaron, escondieron, transportaron, equiparon, informaron a los combatientes. Consiguieron dinero para comprar armas, espionaron para la OTAN a las fuerzas gadafistas, desviaron toneladas de medicamentos, incluso en el hospital dirigido por la hija adoptiva de Muamar el Gadafi (sí, la que él hizo pasar –falsamente– por muerta tras el bombardeo norteamericano a su residencia en 1986). Las mujeres corrieron enormes riesgos: ser detenidas, torturadas y violadas. Porque la violación –considerada en Libia el mayor de los crímenes– era una práctica habitual, y fue declarada arma de guerra. Las mujeres se comprometieron en cuerpo y alma con la revolución. Enfurecidas, sorprendentes, heroicas. Una de ellas me dijo: «La verdad es que las mujeres tenían una cuenta personal que arreglar con el coronel.»

Una cuenta personal... No entendí en un primer momento el significado de esas palabras. El conjunto del pueblo libio, que acababa de soportar más de cuatro décadas de dictadura, ¿no tenía acaso una cuenta común que arreglar con el déspota? Confiscación de derechos y libertades individuales, represión sangrienta contra los opositores, deterioro de los sistemas de salud y de educación, estado desastroso de las infraestructuras, pauperización de la población, destrucción de la cultura, malversación de los ingresos petroleros, aislamiento en el escenario internacional... ¿Por qué esa «cuenta personal» de las mujeres? ¿Acaso el autor de *El Libro Verde* no había proclamado siempre la igualdad entre hombres y mujeres? ¿No se había presentado permanentemente como su decidido defensor, al fijar los veinte años como la edad legal para casarse, al denunciar la poligamia y los abusos de la sociedad patriarcal, otorgarle a la mujer divorciada más derechos que en muchos otros países musulmanes y abrir a postulantes de todo el mundo una Academia Militar de Mujeres? «¡Mentira, hipocresía, farsa!», me dijo más tarde una renombrada jurista. «Todas éramos sus potenciales víctimas.»

En ese momento conocí a Soraya. Nuestros caminos se cruzaron en la mañana del 29 de octubre. Yo estaba terminando mi investigación y debía dejar Trípoli al día siguiente para volver a París, vía Túnez. Regresaba sin estar convencida de haber terminado del todo mi trabajo. Había obtenido, es cierto, una respuesta a mi primera pregunta sobre la participación de las mujeres en la revolución, y

me llevaba una gran cantidad de historias y relatos detallados que ilustraban su lucha. ¡Pero quedaban tantos enigmas pendientes! Las violaciones en masa perpetradas por los mercenarios y las fuerzas de Gadafi constituían un tabú infranqueable e involucraba a autoridades, familias y asociaciones femeninas en un silencio hostil. La Corte Penal Internacional, que había iniciado una investigación, también se enfrentaba a las peores dificultades para acceder a las víctimas. En cuanto a los sufrimientos de las mujeres anteriores a la revolución, sólo eran mencionados en forma de rumores, con fuertes suspiros y miradas huidizas. «¿Para qué insistir en esas prácticas y esos crímenes tan infamantes y tan imperdonables?», oí decir a menudo. No había ningún testimonio en primera persona. No aparecía ninguna víctima que con su relato pusiera en tela de juicio a Gadafi.

Y apareció Soraya. Usaba un chal negro que cubría su espesa cabellera recogida en un moño, grandes gafas de sol, pantalones anchos. Sus labios gruesos le daban cierto aire a Angelina Jolie, y cuando sonrió, un destello infantil iluminó súbitamente su bello rostro ya desgastado por la vida. «¿Cuántos años me pone usted?», me preguntó, quitándose las gafas. Esperó ansiosa, y luego se me adelantó: «¡Siento que tengo cuarenta años!» Le parecía que eso era ser vieja. Tenía veintidós.

Era un día luminoso en la agitada Trípoli. Muamar el Gadafi había muerto la semana anterior. El Consejo Nacional de Transición había proclamado oficialmente la liberación del país, y la noche anterior, en la Plaza Verde, rebautizada con su antiguo nombre de Plaza de los Mártires, se reunieron una vez más multitudes de tripolitanos eufóricos gritando los nombres de Alá y de Libia entre cantos revolucionarios y ráfagas de kaláshnikovs. Cada barrio compró un dromedario y lo degolló frente a una mezquita para compartirlo con los refugiados de las ciudades saqueadas por la guerra. Todos se declaraban «unidos» y «solidarios», «felices como nunca podía recordarlo la memoria humana». También aturdidos y desconcertados. Incapaces de retomar el trabajo y el curso normal de la vida. Libia sin Gadafi... Era inimaginable.

Vehículos abigarrados recorrían la ciudad, cargados de rebeldes sentados en el capó o en el techo, asomándose por las ventanillas, agitando banderas al viento. Tocaban la bocina, cada uno de ellos blandía su arma como si fuera una amiga preciosa que llevara a una fiesta, que merece un homenaje. Vociferaban «*Allahu Akbar*» –«Alá es el más grande»–, se abrazaban, hacían la V de la victoria, con un pañuelo rojo, negro y verde anudado al estilo pirata en la cabeza o

como brazalete. No todos habían luchado desde la primera hora o con el mismo valor. Pero eso no importaba: desde la caída de Sirte, último bastión de Gadafi, y su fulminante ejecución, todo el mundo se proclamaba rebelde.

Soraya los observaba de lejos y se sentía triste.

¿Era ese ambiente de ruidosa alegría lo que volvía más amargo el malestar que sentía desde la muerte de Gadafi? ¿La glorificación de los «mártires» y los «héroes» de la revolución la devolvía a su triste condición de víctima clandestina, indeseable, vergonzante? ¿Había comprendido de pronto la magnitud del desastre de su vida? No encontraba las palabras, no podía explicarlo. Sólo sentía la quemadura del sentimiento de injusticia absoluta. La angustia de no poder expresar su dolor y gritar su indignación. El terror de que su desgracia, inaudible en Libia, y por lo tanto imposible de contar, se considerara exageradamente escandalosa. No debía ser así. No era moral.

Soraya mordisqueaba su chal cubriendo nerviosamente la parte inferior de su rostro. De sus ojos brotaron lágrimas, que enjugó de inmediato. «Muamar el Gadafi destruyó mi vida.» Necesitaba hablar. Recuerdos demasiado pesados sobrecargaban su memoria. «Suciedades», dijo, que le provocaban pesadillas. «Aunque lo cuente, nadie, nunca, sabrá de dónde vengo ni qué es lo que he vivido. Nadie podrá imaginarlo. Nadie.» Meneaba la cabeza con expresión desesperada. «Cuando vi el cadáver de Gadafi expuesto ante la multitud, experimenté una breve sensación de placer. Luego sentí un gusto amargo en la boca. Hubiera preferido que estuviera vivo, que lo capturaran y que lo juzgara un tribunal internacional. Quería pedirle explicaciones.»

Porque ella fue una víctima. Una de esas víctimas de las que la sociedad libia no quiere oír hablar. Esas víctimas cuyo ultraje y cuya humillación manchan al conjunto de la familia y de la nación. Esas víctimas tan incómodas y perturbadoras que sería más sencillo convertirlas en culpables. Culpables de haber sido víctimas... Desde la altura de sus veintidós años, Soraya rechazaba con fuerza esa idea. Ansiaba justicia. Quería dar su testimonio. Lo que le habían hecho a ella y a muchas otras no le parecía ni insignificante ni perdonable. Contaría su historia: la de una niña de apenas quince años, señalada durante una visita de Muamar el Gadafi a su escuela y raptada al día siguiente para convertirse, junto con otras muchachas, en su esclava sexual. Secuestrada durante varios años en la residencia fortificada de Bab al Azizia, fue golpeada, violada y expuesta a todas las perversidades de un tirano obsesionado por el sexo. Él le robó su virgi-

nidad y su juventud, negándole así todo futuro respetable en la sociedad libia. La joven lo comprobó con amargura. Después de haberla llorado y compadecido, su familia la consideraba ahora una prostituta. Irrecuperable. Ella fumaba. Ya no encajaba en ninguna parte. No sabía adónde ir. Me quedé atónita.

Volví a Francia, conmocionada por Soraya. Y conté su historia en un artículo publicado en *Le Monde*, sin revelar su rostro ni su identidad. Era demasiado peligroso. Ya le habían hecho bastante daño sin eso. Pero el artículo fue recuperado y publicado en todo el mundo. Era la primera vez que aparecía un testimonio de una de las jóvenes de Bab al Azizia, ese lugar lleno de misterios. Algunos sitios gadafistas lo desmintieron con violencia, indignados de que se destruyera de ese modo la imagen de su héroe, que supuestamente había hecho tanto por «liberar» a las mujeres. Otros, aunque conocían las costumbres del «Guía», lo consideraron tan aterrador que les costó creerlo. Los medios internacionales trataron de encontrar a Soraya. Fue en vano.

No dudé ni un segundo de lo que ella me había contado. Porque me llegaron otras historias, muy parecidas, que me demostraron la existencia de muchas otras Sorayas. Supe que centenares de mujeres jóvenes habían sido raptadas por una hora, una noche, una semana o un año, y obligadas, por la fuerza o por medio del chantaje, a someterse a las fantasías y las violencias sexuales de Gadafi. Que él disponía de redes que involucraban a diplomáticos, militares, guardaespaldas, empleados de la administración y de su servicio de protocolo, cuya misión esencial era procurarle a su amo mujeres jóvenes –u hombres jóvenes– para su consumo diario. Que algunos padres y maridos –a veces, incluso ministros– encerraban a sus hijas y sus esposas para sustraerlas a las miradas y a la codicia del Guía. Descubrí que el tirano, nacido en una familia de beduinos muy pobres, gobernaba por medio del sexo, obsesionado por la idea de poseer algún día a las esposas y las hijas de los ricos y los poderosos, de sus ministros y generales, de los jefes de Estado y los soberanos. Estaba dispuesto a ponerles precio. Cualquier precio. No tenía ningún límite.

Pero la nueva Libia no estaba dispuesta a hablar de eso. ¡Era tabú! Y, sin embargo, no se privaban de hostigar a Gadafi y exigirle que arrojara luz sobre sus cuarenta y dos años de infamias y de poder absoluto. Describían los maltratos infligidos a los prisioneros políticos, las violencias contra los opositores, las torturas y los asesinatos de rebeldes. No se cansaban de denunciar su tiranía y su corrupción, su hipocresía y su locura, sus manipulaciones y sus perversio-

nes. Y se exigían reparaciones para todas las víctimas. Pero no se quería oír hablar de los centenares de mujeres esclavizadas y violadas por él. Ellas tenían que esconderse o emigrar, sepultadas bajo un velo, con su dolor bien guardado en el equipaje. Lo más sencillo hubiera sido que murieran. Y algunos hombres de sus familias estaban dispuestos a encargarse de ello.

Regresé a Libia para volver a encontrarme con Soraya. Recogí otras historias y traté de analizar las redes de complicidades al servicio del tirano. Una investigación efectuada bajo una fuerte presión. Las víctimas y los testigos seguían viviendo con el terror de abordar ese tema. Algunos sufrían amenazas e intimidaciones. «¡Por su bien y el de Libia, abandone esa investigación!», me aconsejaron muchos interlocutores, antes de colgarme bruscamente el teléfono. Y en su prisión de Misrata, donde pasa ahora sus días leyendo el Corán, un joven barbudo –que participó en el tráfico de jovencitas– me gritó, exasperado: «¡Gadafi está muerto! ¡Muerto! ¿Para qué quiere desenterrar sus escandalosos secretos?» El ministro de Defensa, Osama Juili, compartía esa idea: «Es un tema de vergüenza y humillación nacional. ¡Cuando pienso en las ofensas infligidas a tantos jóvenes, incluso a soldados, siento tanta repugnancia! Le aseguro que lo mejor es callarse. Los libios se sienten colectivamente sucios y quieren pasar página.»

¿De veras? ¿Algunos crímenes deben ser denunciados y otros deben ocultarse como si fueran secretitos sucios? ¿Algunas víctimas son bellas y nobles, y otras son vergonzantes? ¿Hay que honrar, gratificar y compensar a algunas de ellas, y sobre las otras es preferible «pasar página»? No. Es inaceptable. La historia de Soraya no es una anécdota. Los crímenes contra las mujeres –que el mundo aborda con ligereza, si no con complacencia– no constituyen un tema insignificante.

El testimonio de Soraya es muy valiente y debería leerse como un documento. Lo escribo bajo su dictado. Sabe contar y también tiene una excelente memoria. Y no soporta la idea de una conspiración del silencio. Quizá nunca haya una corte penal que le haga justicia. Quizá Libia nunca acepte reconocer el sufrimiento de las «cautivas» de Muamar el Gadafi y de un sistema creado a su imagen. Pero al menos existirá su testimonio para demostrar que mientras Muamar el Gadafi se pavoneaba en la ONU con aires de dueño del mundo, mientras las demás naciones desplegaron una alfombra roja ante él y lo recibían con fanfarrias, mientras sus Amazonas provocaban curiosidad, fascinación o regocijo, en su país, en su enorme residencia de Bab al Azizia, o más bien en sus húmedos sótanos,

mantenía secuestradas a jóvenes mujeres que no eran más que niñas al llegar.

Primera parte
La historia de Soraya

1. INFANCIA

Nací en Marag, una aldea de la región de Jebel Akhdar, la Montaña Verde, cerca de la frontera egipcia. Era el 17 de febrero de 1989. ¡Sí, el 17 de febrero! Es imposible que los libios ignoren esta fecha a partir de ahora: es el día en que se puso en marcha la revolución que echó a Gadafi del poder en 2011. Me alegra haber nacido un día destinado a convertirse en fiesta nacional.

Tres hermanos me precedieron en la familia y otros dos nacerían después de mí, así como una hermanita. Pero yo fui la primera hija mujer y mi padre estaba loco de alegría. Él quería una niña. Quería una Soraya. Había pensado en ese nombre mucho antes de casarse. Y muchas veces me habló de la emoción que sintió al conocerme. «¡Eras hermosa! ¡Tan hermosa!», me repetía a menudo. Se sentía tan feliz, que siete días después de mi nacimiento, la celebración que se acostumbra organizar en esas circunstancias adquirió la envergadura de una fiesta de casamiento. Muchos invitados, música, un gran bufet... Él quería todo para su hija: las mismas oportunidades y los mismos derechos que para sus hijos varones. Todavía hoy dice que me imaginaba médica. Y cuando estaba en el instituto, me impulsó a inscribirme en ciencias de la naturaleza. Si mi vida hubiera seguido un curso normal, tal vez habría estudiado realmente medicina. ¿Quién sabe? Pero no me hablen de igualdad de derechos con mis hermanos. ¡Eso no! Ninguna mujer libia puede creer en esa ficción. Basta ver cómo mi madre, que es, sin embargo, tan moderna, debió renunciar finalmente a la mayoría de sus sueños.

Tuvo sueños inmensos y todos se frustraron. Nació en Marruecos, en casa de su abuela, a la que adoraba. Pero sus padres eran tunecinos. Disponía de muchas libertades, porque, de joven, había estudiado peluquería en París. Era un sueño, ¿no? Allí conoció a papá, en una cena importante, una noche de ramadán. En esa época, él trabajaba para los servicios secretos exteriores del país y pasaba largos períodos en la embajada de Libia. Él también adoraba París. Allí el ambiente era tan agradable, tan alegre, en comparación con la típica adustez libia. Habría podido seguir algunos cursos en la Alliance Française, como le propusieron, pero era demasiado indolente, y prefería salir, pasear, aprovechar cada minuto de libertad para descubrir cosas nuevas. Hoy lamenta no hablar francés. Eso habría cambiado nuestra vida, sin ninguna duda. En todo caso, cuando cono-

ció a mamá, tomó una rápida decisión. Pidió su mano, y la boda se celebró en Fez, donde aún vivía su abuela. Orgulloso, se la llevó de inmediato a Libia.

¡Qué impacto para mi madre! Nunca se había imaginado viviendo en la Edad Media. Ella, que era tan coqueta, que siempre se preocupaba por estar a la moda, bien peinada y bien maquillada, tuvo que usar el velo blanco tradicional y limitar al máximo sus salidas fuera de la casa. Era como un león enjaulado. Se sentía engañada, atrapada. Ésa no era en absoluto la vida que papá le había prometido. Le había hablado de viajes entre Francia y Libia, de que podría desarrollar su profesión en los dos países... En pocos días, mi madre se encontró en el país de los beduinos. Y sufrió una depresión. Entonces papá decidió que se mudarían a Bengasi, la segunda ciudad de Libia, al este del territorio. Una ciudad provinciana, pero que siempre fue considerada un poco contestataria con respecto al poder instalado en Trípoli. No podía llevar a mamá a París, adonde seguía viajando con frecuencia, pero al menos ella podría vivir en una gran ciudad, no estaría obligada a usar velo y hasta podría desarrollar su actividad de peluquera en su propio salón. ¡Como si eso pudiera consolarla!

Ella seguía deprimida y soñando con París. A nosotros, los hijos, nos contaba sus paseos por los Champs Elysées, el té con sus amigas en la terraza de los cafés, la libertad que tenían las francesas, y además la protección social, los derechos de los sindicatos, las audacias de la prensa. París, París, París... Eso terminaba fastidiándonos. Pero mi padre se sentía culpable. Pensó en abrir un pequeño negocio en París, un restaurante en el distrito XV, que podría atender a mamá. Pero, lamentablemente, muy pronto se peleó con su socio y el proyecto quedó en nada. También estuvo a punto de comprar un apartamento en La Défense. Costaba 25.000 dólares en aquella época. No se atrevió a realizar la operación y lo sigue lamentando.

De modo que mis primeros recuerdos escolares son de Bengasi. Todo eso está ya un poco borroso en mi memoria, pero recuerdo que todo era muy alegre. La escuela se llamaba Los Leoncitos de la Revolución, y tenía cuatro amigas inseparables. Yo era la cómica del grupo: mi especialidad era imitar a los profesores en cuanto salían del aula, y también al director de la escuela. Al parecer, tengo facilidad para captar las actitudes y las expresiones de las personas. Llorábamos de risa. Yo sacaba cero en matemáticas, pero era la mejor en lengua árabe.

A papá le costaba ganarse la vida. Y el trabajo de mamá se volvió

indispensable. Pronto, las finanzas de la familia empezaron a depender de ella. Trabajaba día y noche, y seguía esperando que sucediera algo que nos llevara lejos de Libia. Yo sabía que era diferente de las demás madres: a veces, en la escuela, me trataban despectivamente de «hija de tunecina». Eso me dolía. Las tunecinas tenían fama de modernas y emancipadas, y en Bengasi, créame, no se consideraba que eso fuera una virtud. Estaba enojada por esa situación. Casi odiaba a mi padre por no haber elegido como esposa a una hija del país. ¿Qué necesidad tenía de casarse con una extranjera? ¿Acaso había pensado en sus hijos...? ¡Dios mío, qué tonta fui!

Cuando tenía once años, papá nos comunicó que iríamos a vivir a Sirte, una ciudad ubicada en la costa mediterránea, entre Bengasi y Trípoli. Quería estar más cerca de su familia, de su padre –un hombre muy tradicional que tenía cuatro esposas–, de sus hermanos y sus primos. En Libia es así. Todas las familias tratan de permanecer juntas en torno a un mismo bastión que supuestamente les da fuerza y un apoyo incondicional. En Bengasi, sin raíces ni relaciones, éramos como huérfanos. Al menos, eso nos explicó papá. Pero, para mí, era una verdadera catástrofe. ¿Dejar mi escuela? ¿A mis amigas? ¡Qué drama! La noticia me enfermó. Me enfermó de verdad. Estuve dos semanas en cama. No podía levantarme para ir a la nueva escuela.

Finalmente, fui. A regañadientes. Y muy pronto comprendí que no sería feliz allí. En primer lugar, hay que saber que estábamos en la ciudad natal de Gadafi. Todavía no he hablado de este personaje porque no era ni una preocupación ni un tema de conversación en casa. Mamá lo detestaba, sin ninguna duda. Cambiaba de canal cuando aparecía en la televisión. Lo llamaba «el desgreñado» y repetía, meneando la cabeza: «Francamente, ¿acaso ese tipo tiene cara de presidente?» En cuanto a papá, creo que sentía miedo y se mantenía reservado. Todos teníamos la intuición de que era preferible hablar lo menos posible de él, ya que cualquier palabra que saliera del marco familiar podía ser denunciada y causarnos grandes problemas. En casa no había ninguna foto de Gadafi y ninguna militancia. Digamos que todos éramos instintivamente prudentes.

En la escuela, en cambio, primaba la adoración. Su imagen estaba en todas partes. Cantábamos el himno nacional todas las mañanas frente a un inmenso póster con su efigie unido a la bandera verde. Todos gritaban: «Tú eres nuestro Guía, marchamos detrás de ti», etc. En clase o en el recreo, los alumnos repetían «mi primo Mua-